

Releyendo a Darwin*

Reflexiones, quizás intempestivas, a propósito de dos aniversarios

La celebración de efemérides siempre ha sido aprovechada con fines apologeticos para defender las propias ideas. Especialmente, cuando se honra a personajes tan conocidos como Darwin, de quien este año celebramos el aniversario de su nacimiento (1809) y el de la publicación de *El Origen de las Especies* (1859).

En realidad, no deberíamos extrañarnos demasiado de una praxis ya bastante antigua. Y es que las mismas ideas de Darwin fueron utilizadas ideológicamente desde el mismo momento de su aparición. Recuérdese a este propósito la correspondencia que Marx y Engels mantuvieron en 1859, a raíz de la publicación de “El origen de las Especies”¹.

No puedo sustraerme a la impresión de que, también en nuestros días, está ocurriendo algo parecido. Y que algunos de los que con tanto entusiasmo aplauden y celebran a Darwin, no lo hacen por motivos científicos, sino porque ven en él un poderoso aliado para defender sus prejuicios antirreligiosos. Lo que más complace a ciertos pensadores no son las ideas del naturalista inglés sobre la selección natural, sino el haber propuesto una alternativa plausible para explicar el orden de la máquina del mundo sin necesidad de recurrir a un relojero².

* Conferencia pronunciada en la Inauguración oficial del curso en el Estudio Teológico Agustiniiano de Valladolid el 13-10- 2009.

¹ Después de leer la obra de Darwin, Engels escribe a Marx: “*Darwin... ganz famos. Die Theologie war noch nicht kaputt gemacht. Das ist jetzt geschehen*”. Y éste le responde diciendo que la obra de Darwin “...*die naturhistorische Grundlage unserer Arbeit enthält*”. Sobre la repercusión del darwinismo en los fundadores del materialismo dialéctico puede verse NÚÑEZ RUIZ, D., “Marxismo y Darwinismo”, en *Actas del I Congreso de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias*. Madrid (Diputación Provincial) 1980.

² DAWKINS, R., *El relojero ciego*, Labor, Barcelona 1988; DENNET, D. C., *La peligrosa idea de Darwin*, Galaxia, Barcelona 1999.

Permítanme relatar a modo de ejemplo una reciente anécdota. Mientras me preparaba para acudir a mi puesto de trabajo, escuchaba, como de costumbre, las noticias radiofónicas. Casi al final de ellas, en la sección de efemérides, una voz algo gangosa, recordaba a los oyentes de la emisora el bicentenario del nacimiento de Darwin. En su afán por subrayar la importancia de las ideas darwinistas, la locutora citaba, en un latín bastante deficiente, el famoso “Sapere aude” kantiano, y explicaba, con complacencia no disimulada, que gracias a Darwin, Dios había dejado de ser necesario para explicar el orden del mundo. Finalmente, concluía con intrepidez, al demostrar la falsedad del relato bíblico acerca del origen del hombre, el biólogo inglés había refutado, de una vez por todas, una doctrina especialmente denigrante sobre el origen de la mujer.

Confieso que en ese momento quedé bastante perplejo, no tanto por las ideas expresadas, como por la calidad de los argumentos utilizados para defenderlas.

No pretendo zanjar de manera definitiva discusiones filosóficas o teológicas, ya seculares, y siempre difíciles de resolver. Tampoco quiero emitir juicios científicos sobre el valor del darwinismo. Mi única intención es ilustrar los centenarios de Darwin con algunas pinceladas de carácter filosófico, eso sí, muy teñidas de personalismo y altamente deudoras del pensamiento de San Agustín.

Aclarando equívocos

El diálogo entre creyentes y no creyentes resulta con frecuencia infructuoso porque los términos que en él se utilizan no se interpretan de la misma manera. Unas veces, por ignorancia y sin mala voluntad. Otras, sin embargo, con el propósito de tener razón a toda costa. En efecto, pocas tácticas hay más eficaces que identificar conceptos en apariencia iguales, aunque sean distintos, para caricaturizar una posición y triunfar más fácilmente en un debate contra ella.

Esta estrategia, bastante antigua, es mencionada por San Agustín en una de sus cartas, advirtiéndonos de que “*se ama de manera perversa quien no tiene reparos en inducir a otros a error, con tal de que su error no se descubra*”³.

³ “Nimis perverse seipsum amat qui et alios vult errare, ut error suus lateat”. SAN AGUSTÍN, *Obras completas de San Agustín XI* (BAC) 172.

Examinemos en algunos casos concretos este modo de proceder.

Un ejemplo paradigmático de utilización equívoca de las palabras son los términos de “creación”, “creacionismo” y “diseño inteligente”. Estos conceptos se usan y citan casi siempre como si significasen lo mismo, cuando no es así.

Y es que, una cosa es creer que el mundo ha sido creado por Dios y otra muy distinta ser *creacionista*, en el sentido en que esta palabra suele ser utilizada en nuestros días. El *creacionismo* es una postura teológica, bastante difundida en Estados Unidos, que se basa en una interpretación literal de la Biblia, defiende la inmutabilidad de las especies y pone en tela de juicio el valor científico de los argumentos en favor del transformismo, tesis todas ellas que de ninguna manera están obligados a compartir quienes se confiesan creyentes en un Dios creador.

Tampoco *creacionismo* y *diseño inteligente* significan lo mismo. Es posible que, de nuevo, esta identificación tenga sentido en los Estados Unidos de América, país en que la expresión *diseño inteligente* suele ser utilizada como sinónimo de *creacionismo*. Pero el sentido que la expresión “diseño inteligente” recibe en Norteamérica no es exportable ni generalizable al resto del mundo⁴.

Preguntarse, por lo tanto, si en la cosmogénesis se realiza o no un diseño inteligente es algo perfectamente legítimo, que nadie puede prohibir. Y responder de manera afirmativa a esta pregunta no implica la necesidad de compartir las restantes doctrinas del creacionismo americano.

Otro concepto que origina frecuentes equívocos es el de “científico”. Hay quienes consideran científico todo lo que hacen, opinan y defienden quienes de manera profesional se dedican a cultivar las ciencias empíricas. Lo cual, de ser cierto, conduciría a conclusiones tan absurdas como la existencia de quinielas y “bocatas” científicos.

Otras veces se identifica “científico” con “racional” o, lo que es peor todavía, con “verdadero”. Como si la única forma legítima de racionalidad fuese la científica. Reducir la racionalidad humana al conocimiento científico es, según K. Lorenz, una arrogante forma de *reduccionismo epistemológico*, inaceptable e injustificable.

Otro equívoco frecuente es identificar “novedoso” con “progresista”. En nuestros días muchos califican de “progresista” cualquier cosa que se

⁴ Véase a este propósito el número que *Investigación y Ciencia* ha dedicado a Darwin. BRANCH, G./SCOTT, E. C., “Estratagemas del creacionismo”, en *Investigación y Ciencia* 388 (2009) 74-81.

oponga a lo establecido, concediéndolo, además, de manera automática, un plus de verosimilitud.

¿Tiene consecuencias prácticas el modo de interpretar el mundo?

Se oye con frecuencia que el modo de interpretar filosófica o teológicamente el mundo no tiene demasiada importancia para la vida práctica. Nada más erróneo. Creer o no creer en Dios, por ejemplo, no es una cuestión baladí, sino que, sea cual sea la alternativa que se escoja, siempre exigirá el pago de un elevado peaje en la vida práctica.

No creer en Dios supone instalarse en un mundo tan falto de sentido y esperanza como el que describe R. Dawkins en uno de sus últimos escritos:

“La cantidad de sufrimiento por año en el mundo natural va mucho más allá de cuanto se pueda suponer. Durante el minuto que he tardado en escribir esta frase, miles de animales han sido pasto vivo de otros, muchos corren para salvar su vida, gimiendo de terror, a otros los están devorando en sus entrañas parásitos raspadores, miles de organismos de todo tipo se están muriendo de hambre, sed y enfermedades... En un universo de electrones y genes egoístas, fuerzas físicas ciegas y replicación genética, algunos lo van a pasar mal y otros van a tener más suerte; y, por mucho que se busque, no se encontrará ninguna explicación, ningún rastro de justicia. El universo que observamos tiene exactamente las propiedades que cabría esperar, si en el fondo no hubiese en él ni diseño, ni intencionalidad, ni mal, ni bien; nada excepto una indiferencia despiadada”⁵.

Crear en Dios, por el contrario, proporciona una visión más esperanzada de las cosas. Una visión tan confiada como la que Reiner María Rilke canta en uno de sus más conocidos y bellos poemas sobre el otoño:

*“Las hojas caen como viniendo de lejos,
como si hubiesen muerto
en los distantes jardines de los cielos.
Descienden con un gesto resignado.
Y, en la noche, cae también la dura y densa Tierra
De todas las estrellas a la soledad.*

⁵ DAWKINS, R., “¿Tiene sentido la vida fuera de sí misma?”, en *Investigación y Ciencia* 232 (1996) 63.

*Todo cae. También cae mi mano.
Y todo lo demás sin excepción.
Y sin embargo hay Uno
que acoge todas las caídas
con manos de infinita mansedumbre*⁶.

Y otro tanto sucede con la idea que cada uno se hace sobre el lugar que el hombre ocupa en la naturaleza. Se puede compartir la opinión de J. Rostand, Premio Nóbel de Biología hace unos lustros, de que “el hombre nació sin razón y sin objeto, como nacieron todos los seres, no importa cómo, no importa cuándo, no importa dónde”⁷.

Esta visión del hombre no es científica sino filosófica, por muy científico que se proclame quien la defiende. Por otra parte, siempre me he preguntado en qué fundamentan los derechos humanos quienes participan de concepciones antropológicas semejantes. Por lo que a mí respecta, creo que si el hombre no es otra cosa que lo que Rostand defiende, lo más lógico sería adherirse a las lúcidas propuestas de Antonio Machado en uno de sus aforismos:

*“Algún día nos hemos de preguntar si la totalidad de la especie humana...constituye un hecho crudo y neto, o si, por el contrario, hemos de pedir razones a este mismo hecho...¿Se vive de hecho o de derecho? He aquí nuestra cuestión...Comprenderéis que es éste el problema ético por excelencia, viejo como el mundo...Porque sólo después de resolverlo podremos pensar en una moral, es decir, en un conjunto de normas para la conducta humana que obliguen o persuadan a nuestro prójimo. Entretanto, buena es la filantropía por un lado, y por otro, la guardia civil”*⁸.

⁶ *“Die Blätter fallen. Fallen wie von weit,
als welkten in den Himmeln ferne Gärten;
sie fallen mit verneinender Gebärde.
Und in den Nächten fällt die schwere Erde
aus allen Sternen in die Einsamkeit.
Wir alle fallen. Diese Hand da fällt.
Uns sieh Dir andre an: es ist in allen.
Und doch ist Einer, welcher dieses Fallen
unendlich sanft in seinen Händen hält”*.

REINER M. RILKE, *Die Gedichte* (INSEL Verlag 2006) 305.

⁷ ROSTAND, J., *El hombre y la vida* (FCE México 1973) 48.

⁸ MACHADO, A., *Juan de Mairena* (Espasa-Calpe 1982) 180.

Darwinismo y pensamiento católico

Estoy convencido de que, a la larga, el darwinismo puede resultar útil para la teología católica. Y es que el darwinismo, lo mismo que cualquier conocimiento que nos permita comprender algo mejor el mundo, purifica nuestras ideas sobre su hacedor y su modo de actuar en la naturaleza. Lo cual facilita, como consecuencia, una interpretación más correcta de la Biblia.

El verdadero rostro de Dios

Dios ha sido descrito, dibujado, pensado e invocado de maneras muy diversas. Y ni siquiera la Teología, ciencia de lo divino por excelencia, tiene acceso directo e inmediato a Dios, sino que todos sus conocimientos sobre Él vienen mediados por las representaciones, experiencias, ideas, concepciones, simbolizaciones y formulaciones humanas más diversas⁹.

“Pintamos cuadros tuyos en todas las paredes, de tal manera que ya son mil los muros que te cercan”, escribe Rilke en uno de sus poemas¹⁰.

En realidad, ya San Agustín había defendido estas ideas en uno de sus más conocidos aforismos: *“Si lo entiendes, es que no se trata de Dios”*¹¹.

Parece claro, por lo tanto, que el darwinismo puede desempeñar una importante función purificatoria respecto a imágenes y conceptos tradicionales sobre Dios, clarificando algunas afirmaciones del discurso teológico y liberándolo de su identificación con expresiones culturales históricamente condicionadas.

La adquisición de nuevos conocimientos sobre el mundo obligan al creyente a tomar conciencia de que su conocimiento de la divinidad, más que una meta alcanzada, es un estilo de caminar.

⁹ “Por ello mismo, es tan decisivo distinguir entre todas ellas y la realidad de Dios... La fe cristiana cree únicamente en Dios, no en nuestras representaciones de Dios, ni tampoco en las formulaciones dogmáticas sobre Dios, a cuya realidad nos reenvían en cuanto formulaciones”. CURA ELENA, S. DEL, *A tiempo y a destiempo. Elogio del Dios (in)temporero*, Burgense 43/2 (2002) 363-364.

¹⁰ “Wir bauen Bilder von Dir auf die Wände; so dass schon tausend Mauern um Dich stehen”. RILKE, R. M., *Das Buch vom mönchischen Leben* (Insel Taschenbuch) 12

¹¹ “Si comprehendis non est Deus”. *Sermo CXVII*, 3, 5.

Qué significa ser creado

“*Por la fe entendemos que cuantas cosas existen son obra de la palabra de Dios*”, leemos en la Epístola a los Hebreos¹². Ahora bien, es evidente que aquello que se conoce por la fe no puede ser racionalmente demostrado. Todo lo más, puede ser plausibilizado. Si no, no hablaríamos de fe, sino de algo distinto.

Admitir que Dios ha creado el mundo no implica que lo hiciese exactamente del modo en que se narra en el Génesis. O que deba intervenir física y continuamente en el decurso de los procesos naturales, al modo de una megafuerza o de una superhormona. Tampoco implica, como se pensó durante siglos, que confesarse creyente implique rechazar el trasformismo biológico. Justo hace unas pocas semanas, la Iglesia Católica ha reconocido una vez más que no hay oposición entre creación y trasformismo biológico. Por consiguiente, se puede ser evolucionista y creer que Dios ha creado el mundo.

En relación con la doctrina de la creación, hay que distinguir cuidadosamente el *qué* del *cómo*: una cosa es creer que Dios ha creado el mundo y otra saber cómo lo hizo. Y si, como hemos visto, es muy difícil comprender la naturaleza de Dios, mucho más difícil todavía es conocer cómo creó el mundo.

Cómo interpretar la revelación escrita

¡Cuántos problemas se hubiesen podido evitar de haber seguido consejos tan simples como los que San Agustín dejó escritos, ya en el siglo V, en uno de sus comentarios al libro del Génesis!

“Acontece muchas veces que un no creyente conoce, por la razón o la experiencia, algunas cosas de la Tierra, del cielo o de los elementos de este mundo; o del movimiento, las órbitas, la magnitud y la distancia de los astros; de los eclipses del sol y de la luna; de los ciclos de los años y de los tiempos; de la naturaleza de los animales, de los frutos, de las piedras y de todas las restantes cosas de naturaleza semejante. En relación con estos asuntos hay que evitar a toda costa, como vergonzoso y perjudicial, el que un creyente opine erróneamente sobre ellos, pretendiendo apoyar sus opiniones en las divinas escrituras, ya que al oírle el no creyente delirar sobre estos asuntos, de modo que, como se dice vulgarmente, yerre de medio a

¹² Hebreos, 7,3.

medio, apenas pueda contener la risa. Y lo peor no es que se ría del hombre que yerra, sino el creer que los cristianos defienden tales errores... Cuando los no creyentes, en las cosas que conocen perfectamente, hallan en error a los cristianos y éstos afirman que extrajeron su falsa opinión de los libros divinos ¿cómo van a creer en esos libros cuando hablen de la resurrección de los muertos, de la esperanza de la vida eterna o del reino del cielo? Pensarán que fueron escritos falazmente, pues pudieron comprobar por su propia experiencia que en ellos hay errores”¹³.

A modo de conclusión: Qué hacer

Parece claro que no existen argumentos racionales definitivos ni en favor de la fe religiosa, ni en favor del ateísmo. A la postre, puede que tenga razón Rostand cuando dice que, si se toma la razón como fuente última y única del conocer humano, “*nada sería demasiado poco; y Dios sería demasiado*”¹⁴.

En mi modesta opinión, empero, creo que existen argumentos que ayudan, pero que no obligan, de manera ineludible y perentoria, a tomar una decisión personal sobre el sentido del mundo y de las cosas. Por principio, los métodos científicos no pueden llegar hasta un Dios trascendente. La Metafísica, por su parte, sólo alcanza a barruntar la existencia de un principio que es fuente de ser y orden en el mundo. Un Dios ante el que es inútil orar, porque no se ocupa de los asuntos humanos. El misterio de la creación, sin embargo, nos coloca ante un Dios completamente distinto. Un Dios que, además de ruta intemporal de todo orden, es también, y quizás sobre todo, amor final que todo lo abarca.

Anexo para creyentes

Relaciones entre fe y razón en San Agustín

Para San Agustín, fe y razón no son modos de conocer alternativos y excluyentes, sino que, unidos de manera existencial y complementaria, constituyen para el hombre concreto el mejor camino para alcanzar la

verdad. Los conocimientos que la fe nos proporciona, prolongan lo que mediante la sola razón podemos conseguir. Y los argumentos de la razón, sirven para satisfacer el deseo de plausibilización racional que todo hombre experimenta en relación con lo que cree : “Deseamos conocer y comprender lo que creemos”¹⁵. Por eso, afirma, un cristiano dispone de mejores medios que un platónico para llegar a la verdad.

San Agustín resume de manera muy precisa su postura en una de sus sentencias más conocidas:” Entiende para creer y cree para entender”¹⁶.

“Entiende para creer”

La sumisión a la fe no puede ser un acto irracional, sino consecuencia de haber comprendido y aceptado las razones que justifican nuestra confianza en la Iglesia y en la Biblia. Las razones de nuestro sometimiento fiducial no son irrefutables, pero sí lo suficientemente sólidas como para que el acto de fe pueda ser calificado de razonable.

“Cree para entender”

Una vez admitida la fe, muchos problemas, difícilmente resolubles desde la sola razón, ofrecen perspectivas de solución. Y los más profundos anhelos del corazón humano encuentran plena satisfacción en las verdades de la fe. En definitiva, mediante la fe, el hombre encuentra aquello que de manera natural busca desde siempre.

MARCELIANO ARRANZ RODRIGO, OSA,
Rector de la Universidad Pontificia de Salamanca.

¹⁵ “*Quod credimus nosse et intelligere cupimus*”. SAN AGUSTÍN, *De libero arbitrio*, II, 5.

¹⁶ “*Intellige ut credas, crede ut intelligas*”. SAN AGUSTÍN, *Sermo* 43, 7, 9.